

A propósito de “La narrativa rota del
ascenso social. Un estudio sobre las
expectativas de los jóvenes de barrios
populares”

Silvina Merenson
Escuela IDAES/CONICET

Pablo Semán
Escuela IDAES/CONICET

Introducción

El trabajo que hoy comentamos, “La narrativa rota del ascenso social. Un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares elaborado por Daniel Hernández y Rodrigo Zarazaga (2024), nos permite protagonizar el ejercicio que proponemos a nuestros propios alumnos en otras ocasiones. No se trata de manifestar acuerdos o refutaciones, sino de aprovechar el texto como una oportunidad de diálogo para enriquecer nuestras investigaciones recíprocamente. Buscamos así poder captar mejor un plano general que, sin temor, deberíamos considerar como la dinámica de la estructura social en lo referente a los sectores populares para caracterizar su diacrónica y sincrónicamente. Para ir directamente al grano: nuestra lectura propone una integración entre lo que nos indica la indagación sobre los imaginarios de futuro de los jóvenes de sectores populares elaborada en el texto y, por un lado, la consideración histórica de esta problemática en Argentina y, por otro lado, lo que surge de otros estudios contemporáneos de las transformaciones sociales en los que se perciben tanto los problemas del análisis social como las incertidumbres y las imágenes de futuro agobiadas en otros contextos sociales y nacionales. En esas lecturas, como en la de la investigación de Hernández y Zarazaga, operamos con los mismos métodos y con principios interpretativos diferentes aunque complementarios. Creemos que así podemos fortalecer recíprocamente nuestros análisis e hipotetizar un cuadro más general. Con este objetivo, intentaremos avanzar en tres comentarios.

El primero de ellos parte de una descripción breve para plantear una pregunta que nos parece incisiva y actual, aún cuando haya sido planteada hace más de 20 años en las postrimerías de la convertibilidad. En el segundo, intentaremos aportar algunas consideraciones que hablan de dinámicas que son transversales a los distintos sectores sociales y pueden aportarnos una visión del mosaico en que se inserta la experiencia de los jóvenes de sectores populares, no solo la de los más vulnerables que viven un presente sin posibilidades de proyección. En el tercer comentario abordaremos diacrónicamente esta cuestión social para poder advertir su especificidad actual y nos detendremos luego en una cuestión empírica puntual que, nos permita capitalizar el conjunto de las consideraciones realizadas en los comentarios anteriores

I-Peor para todos

El barrio Esperanza es un asentamiento que registra las primeras ocupaciones en la primera década de los años 2000, en las que se fueron estableciendo progresivamente habitantes del gran Buenos Aires provenientes de otros barrios, también migrantes

recientes. Con el tiempo sucedió lo que en otros asentamientos, nos referimos a un contrapunto entre la ocupación de tierras y los distintos niveles del Estado que fueron mejorando esas tierras, al mismo tiempo que fueron otorgando los títulos de propiedad. Fue un momento de logros colectivos para sus habitantes que, además, se beneficiaron de una ola de reactivación económica e intervenciones estatales que tuvieron su pico entre los años 2002 y 2011, que no declinaron totalmente hasta por lo menos 2018. Los habitantes de Esperanza mejoraron sus ingresos y tuvieron continuidad en empleos informales que antes habían sido muy intermitentes, incluso algunos de ellos alcanzaron la formalización, mientras una pluralidad de transferencias monetarias no sólo contenía a los hogares más vulnerables, sino que también mejoraba el ingreso del conjunto de los hogares por vías directas e indirectas. En ese contexto el barrio fue urbanizado y sus habitantes levantaron casas de dos y tres pisos en las que las habilidades de los migrantes paraguayos se destacan por la solidez de las construcciones.

El paisaje actual del barrio muestra que la mayoría de las viviendas está sin terminar, que faltan espacios verdes y las infraestructuras de servicios del Estado están deterioradas; que éstas resultan más exiguas que nunca y son fuente de conflictos para vecinos que todos los días tienen por ello la oportunidad de una experiencia estatal poco feliz. La población viene sufriendo desde al menos 2014 una pérdida de trabajos formales, de las transferencias monetarias, de la inversión estatal. El paisaje al interior de las casas hoy es desolador: el espaciamiento de las comidas, el deterioro de la nutrición en general, el desánimo de jóvenes y adultos contrasta con lo que en nuestra experiencia de investigación de campo en otras épocas era común en barrios semejantes e, incluso, más pobres. Pocas veces antes habíamos visto que se ingiriera en casas de ese nivel socioeconómico reviro (harina frita).

El encierro de los habitantes en las casas, que nuestros colegas también describen, es una de las características más notables en esta comparación. No es nuevo, aunque tal vez nos resulta más masivo si lo comparamos con otras experiencias etnográficas. A lo mencionado se agrega el encapsulamiento en el barrio: la lluvia, la falta de asfalto, los servicios que se cortan y acotan así el horizonte espacial de los pobladores. No dejemos de contar aquí la acumulación de problemas que menores o significativos comienzan a interactuar unos con otros y a agravarse por su duración en el tiempo. Enfermedades cuyo tratamiento no se resuelve porque los turnos en el hospital se demoran cada vez más, pero también escuelas públicas cada vez más desprestigiadas que obligan a los habitantes del barrio a la búsqueda de alternativas, ya sea en escuelas privadas o públicas más lejanas que exigen gastos en cuotas y transporte, justo en el momento en que el dinero falta más que nunca. Las mejoras del pasado no tan lejano contrastan con el deterioro de la situación de la mayor parte de los habitantes del barrio. En estas

condiciones, en el lugar que otrora había sido una tierra de oportunidades, las perspectivas de futuro se deterioran para todas las generaciones.

En lo que leímos en el texto de Hernández y Zarazaga y entra en contacto con nuestro propio material producto de diversas investigaciones es posible encontrar una serie de vectores transversales que pueden ayudarnos a integrar el texto en una mirada actualizada y abarcativa de la dinámica social que viven los sectores populares e, incluso, las clases medias. Se trata de expandir al mismo tiempo el material de referencia para ampliar el stock de vectores comunes y el conjunto de determinaciones propias de casos específicos.

Uno de esos vectores que construyen la dinámica de la experiencia de los sectores populares es el del acortamiento de los plazos de las previsiones. No solo entre los jóvenes adheridos al presente inmediato se registra ese efecto. Es menos espectacular, pero no menos importante, en casos de nuestra consideración emparentados con los registrados en la narrativa minimalista y del presente: nuestros entrevistados tampoco pueden proyectar un futuro muy lejano y, ellos mismos, nos transmiten las dudas de la posibilidad de su cumplimiento; a veces con autoironía, a veces con alguna esperanza módica, a veces cercanos a la decepción. Son tiempos de incertidumbre en los que cualquier inversión puede ser inútil o desatinada y dar lugar a cálculos depresivos o conservadores.

Es contundente la masividad de este último registro, incluso en quienes en términos personales podrían indicar algo de lo contrario. Vera, entre ellas. Nacida y criada en un barrio popular del norte del conurbano bonaerense, en 2019 tenía 30 años, era mamá de un niño pequeño, trabajaba como telefonista en una pizzería los fines de semana, integraba un cuerpo de danzas folclóricas, daba clases particulares de nivel primario y cursaba la licenciatura en educación en la UBA. Vera se sentía orgullosa de su barrio, creado por “gente que es buena”, que “vino de afuera a trabajar”. Aunque le parecía que ya no había “mucho vida social”, en comparación con el tiempo de su infancia en los años 1990, sí le resultaba más tranquilo ahora: cuando era pequeña, nos contaba, “entraban a las casas tirando todo, sin orden judicial [...] Nos tiraban todo [...] Entraban a todas las casas”.

Parte de su adolescencia coincidió con la mejor etapa del país que ella puede recordar, “cuando asumió Néstor, que pasamos de ser muy, muy pobres a tener un poco más de... no sólo de plata, sino de reconocimiento”. En ese momento, dice, “el barrio creció un montón. Mucha gente que no podía comprarse algo, se lo compró”. Su familia ferroviaria, que durante el menemismo la pasó “remal”, comenzó a “remontar” y pudo enviarla a una escuela privada. Esto, y la insistencia constante de su familia para que

estudie, la llevaron a Puán y a una larga experiencia universitaria de 18 años que recuerda como “caótica, pero hermosa”. Sobre el final de la presidencia de Mauricio Macri, cuando conversamos con ella por primera vez, sus ingresos sumados a los de su hermana con la que compartía la vivienda a medio construir alcanzaban “cada vez menos”. Si bien no lograban ahorrar, podían aún “llevar una vida medianamente cómoda”. A diferencia de varios de sus vecinos que por entonces establecieron su pertenencia a la “clase media” o a la “clase trabajadora”, Vera fue categórica: nunca fue parte de otra clase que no fuese “la baja”.

A comienzos de 2020, la pandemia abrió a Vera una oportunidad. A instancias de una referente política del barrio comenzó a trabajar en un vacunatorio. De allí pasó a desempeñarse como empleada administrativa en un hospital provincial: primero, en el archivo y, luego, en el sector de internaciones. Al ingresar al hospital, en recursos humanos, vieron que estaba cursando una carrera universitaria y le dijeron que, cuando se reciba, podría haber “otras oportunidades”. Esto, y la gente que conoció en su primer trabajo formal, resultó un potente estímulo: “me hizo poner las pilas para recibirme”. El año pasado (2024) se graduó, se incorporó al equipo de orientación pedagógica hospitalario y fue designada directora de su jardín maternal. Vera considera que todo ello es “un lograzo”, está feliz con la posibilidad de “trabajar en salud”, le resulta una tarea fascinante y trascendental.

Al ingresar en el hospital, Vera no dejó su trabajo en la pizzería. Fue allí que vio el resultado de las últimas elecciones presidenciales: sintió miedo mientras a su alrededor los comensales festejaban. De la crisis del 2001 no tiene muchos recuerdos, pero considera que estamos en la peor etapa del país: “hoy estamos peor que nunca”, decía, “vivís en un contexto lleno de odio, donde discursos de odio hacia los que vivimos en barrios populares están re legitimados, [pero] no es sólo la pobreza. Las redes sociales, la droga... La droga se maneja con tanta impunidad... por lo menos acá en el barrio ves a los pibitos que están re sometidos, ves que son chiquitos de 16 y 17 años y eso es terrible”.

Luego de 5 años de trabajar en la pizzería y en el hospital, Vera logró comprar una casa prefabricada a la que se mudó junto a su hijo ya casi adolescente. La vivienda de 3 ambientes, recientemente montada en un terreno vacío del barrio del que tomó posesión, tiene acceso a agua potable, pero no cuenta con gas natural y, en invierno, tampoco con energía eléctrica. Aunque, como dice, está “poniéndole onda”, este año le está resultando particularmente difícil: “me cuesta muchas veces llegar a fin de mes, me cuesta el proyecto de mi casa, me cuesta comprarme las cosas [para equiparla]. Y ves, a futuro, que todo me va a costar mucho más”. Haberse graduado de la universidad, haber conseguido un trabajo formal en el ámbito estatal y haber

comprado su primera casa no modificó ni la posición ni la lectura de la estructura social que nos ofreció seis años atrás. Como en 2019, consideraba que “existen dos clases sociales”. Una compuesta por “los maniobreros”, “gente que hace maniobras raras, malas”; otra compuesta por “los pobres” entre los que se cuenta desde que nació: “se nace así y se muere así [...] siempre lo tuve claro”.

En el conjunto de nuestros entrevistados es posible rastrear los efectos dinámicos de un proceso de pauperización, de estrechamiento de las oportunidades y erosión de los recursos disponibles que vuelve cada vez más lejano y difícil lo que antes aparecía como posible. En nuestro material, además, esto aparece como un elemento muy desarrollado de la reflexión, ya que son nuestros interlocutores los que nos hacen ver cuáles son las circunstancias concretas en las que los proyectos tienden a minimizarse. La descripción que dan de sus avatares y las reflexiones en las que conceptualizan esas circunstancias indican que las razones que amenazan el futuro son variadas y, en cierta medida, obstáculos “mortales” que deben esa cualidad más que a una entidad esencial a la escasez de fuerzas para enfrentarlos. Nuestros entrevistados conocen el mundo social mucho mejor que cualquier cuestionario *a priori*, saben que cualquier variación puede ser profundamente destabilizadora, por lo que sus esperanzas siempre son tenues. Entre nuestros entrevistados también ocurre que la distancia entre lo planeado y lo logrado suele ser decepcionante por efecto de los cambios en la dinámica de la estructura social que operan en los mecanismos señalados anteriormente.

Otra nota transversal a la experiencia de nuestros entrevistados nos remite a un contrapunto con el acortamiento de los horizontes temporales y un complemento respecto de la multiplicación de las amenazas cruciales que enfrentan en sus trayectorias: una economía inflacionaria en general, pandémica luego, y fuertemente recesiva hoy, oficia como causa de la aceleración histórica que hace menguar aún más las fuerzas. En este marco observamos que en nuestros distintos grupos de entrevistados, pero también en los casos de los jóvenes inscritos en las tres narrativas analizadas en el trabajo de Hernández y Zarazaga, es posible encontrarse con encrucijadas que, entre comillas, podemos llamar “mortales”. Nuestra experiencia de campo indica que en distintos estratos de ocupación, ingreso, educación y edad se vive en situaciones en las que muchas de las veces los sujetos sienten que deben jugar a todo o nada: ¿renunciar a un trabajo para tomar otro o quedarse a cuidar a los niños? ¿Pagar un ómnibus de larga distancia para cuidar a un familiar gravemente enfermo, dejando sola la casa o efectuar un gasto que fuerza el presupuesto para garantizar una mejor escolaridad para los hijos? Estas son algunas de las disyuntivas que muestran márgenes mínimos de error, tiempos cortos y altos costos potenciales.

Bastan estas notas parciales y apenas indicativas para plantear un marco en el cual inscribir la lectura de las narrativas de los jóvenes acerca del futuro. Las mismas se insertan en un tipo societal específico en el que los efectos de la crisis del régimen de sustitución de importaciones y las tentativas neoliberales de modernización, incluso en su fracaso, transformaron la sociedad. Hay pasajes del trabajo a la changa, de los bienes públicos a la mercadería, del hospital y la escuela al merendero. La historia decantada en palabras ofrece un trío de desplazamientos articulados: del trabajo al emprendimiento, de los carenciados a los execrables, del “pueblo sindical” al “pueblo de los territorios” que, en su conjunto, ha dado lugar a un nuevo tipo societal: la argentina posterior a la crisis de su welfare. La salida neoliberal engendró un sistema en el que la economía exportadora de materias primas estableció como cláusula de seguridad del sistema político un canal para que, con la misma soja que se exportaba, los excluidos se alimentasen a base de fideos y aceite de soja. Una dinámica política vibrante, algunos “brotes verdes” en las industrias protegidas, y algunos años de equilibrio macroeconómico derivados de la mezcla de devaluación, recesión y mejoras transitorias de los términos de intercambio, alentaron la expansión del consumo y la ilusión del renacimiento del proyecto autárquico que desde 2012 cedió al estancamiento, el empeoramiento cuanti y cualitativo del empleo, el aumento de la pobreza y la fragmentación de las clases medias más evidente y patente que nunca.

Este contexto de convivencia de fragmentos de distintas formas de orden social y sus inercias configura el escenario macrosocial, epocal, e incluso epistémico en el que inscribir los gestos que recogemos en nuestras entrevistas y que leemos en algo que es preciso subrayar: la coexistencia de las tres perspectivas propuestas en “La narrativa rota del ascenso social...”. Mucho de lo que vemos en los jóvenes reunidos en las tres narrativas expuestas allí parece la enunciación de una respuesta a la combinación de las tendencias críticas propias del welfare con las tendencias propias de la crisis del orden neoliberal y las tentativas agotadas de acotar su tensiones, ya en la primera década de los 2000. Advertirlo así supone apoyar y conectar nuestras aproximaciones hermenéuticas a las experiencias de los grupos sociales, especialmente a las de los sectores populares, teniendo en cuenta que el “dinamismo” y la heterogeneidad de nuestras “estructuras sociales” se especifica en una trayectoria histórica en la que, del periodo oligárquico al pos neo liberal, pasando por el nacional popular y el neoliberal, se retroalimentan y conectan los mecanismos de exclusión y fragmentación. Esto último es lo que está presente, en su especificidad y dinamismo, en la base de los vectores que repasamos hasta aquí. En ese contexto ntendemos tanto la novedad que representa el salto de la narrativa del puro presente como subrayamos el hecho de la coexistencia con narrativas tradicionales y minimalistas como, también, los datos que hacen que

estas dos últimas estén saboteadas por una realidad económica decepcionante desde hace más de una década.

Para Fitoussi y Rosanvallon (1997) el dinamismo es, justamente, el carácter distintivo de la era de las desigualdades abierta tras la caída del muro de Berlín. Tanto la entronización de las decisiones individuales como la fragilización de los estatutos contribuyen a acrecentar las posibilidades de que ocurran saltos y rupturas en el curso de la vida de una persona o una familia. La etnografía practicada en los países post socialistas señaló cómo las relativamente “recientes clases medias” se ven expuestas y, al mismo tiempo, son muy conscientes de los focos de estancamiento. La precariedad basada en el empleo y subempleo, el fracaso de las expectativas vitales y el estrecho margen que queda al mérito en el ascenso social basado en la educación superior ha sido analizado por diversos autores para Rusia, Estonia, Bulgaria (véase Crăciun y Lipan, 2020 y Biziukova, 2019) y Hungría (Boros *et.al*, 2021); también se registra en países como Turquía (Rutz y Balkan, 2009), China (Rocca, 2023), India (Vaid, 2018) y Egipto (Schielke, 2015). Argentina ingresa también en esta serie (Merenson, 2025). Desde comienzos de este siglo, como apunta Donner (2017), cuestiones como “las expectativas fallidas, la precariedad, los múltiples enredos y especulaciones sobre el futuro ejemplifican cómo ser de clase media es, por un lado, un estado subjetivo y, por otro, solo una promesa temporal”. Entonces, si las clases medias navegan estas aguas, se entiende que en los sectores populares, en los que las dinámicas de ascenso insostenible se ha verificado, se generen retracciones y pesimismoes radicales.

II-Permutabilidad relativa de las narrativas

En “La narrativa rota del ascenso social...” se presenta un material empírico y analítico sumamente rico que, antes que nada, debemos abordar en su conjunto. Si bien es impresionante (y sobre todo lo ha sido para los medios de difusión y para una parte de las dirigencias políticas y sociales) lo relativo a la falta de imágenes de futuro de los jóvenes que participan de la narrativa anclada en el presente, no es menos impactante e importante lo relativo al conjunto de ellas. Nos interesa componer este hallazgo en un movimiento más amplio, integrando las derivaciones de investigaciones que hemos realizado nosotros y otras referencias que nos proveen de elementos interpretativos.

En uno de los grupos focales que realizamos en el año 2023, antes de la elección del actual presidente, nos encontramos con una situación singular y, al mismo tiempo, conmovedora. Iniciamos el diálogo preguntándole a un grupo de seis jóvenes que pertenecían a familias de trabajadores manuales cómo estaban pasando la situación

inmediatamente posterior a la pandemia. Sin demasiado entusiasmo nos contaron todas las actividades que realizaban, que iban desde la búsqueda de empleo y el cumplimiento de tareas en diversos trabajos, hasta las tentativas de avanzar en distintos ciclos de formación universitaria. Luego conversamos sobre otras cosas y, en un momento, siguiendo el orden previsto para las preguntas, indagamos en cómo se veían en el futuro. Fue entonces que los jóvenes enmudecieron y, en el silencio, aparecieron lágrimas en los ojos de algunos. Hicimos una intervención destinada a permitirles poner en palabras la angustia que se sentía en el ambiente, fue entonces que poco a poco retomaron su relato. Retomaron, en un sentido literal: nos contaron lo mismo que al comienzo de nuestra conversación, sólo que ahora lo hicieron conmovidos, deteniéndose en cada detalle de las dificultades que hallaban en la búsqueda de empleo, en los trabajos que tenían, en la formación superior, en la posibilidad de acceder a una vivienda, en las horas de transporte que debían soportar y en la falta de tiempo que parecía desbordarlos.

Cuando analizamos el conjunto del material correspondiente a casi 20 grupos focales subrayamos una categoría que habíamos derivado de un trabajo anterior sobre la pandemia, en el que discernimos algo que llamábamos “mejorismo” (Semán y Welschinger, 2023). Esta categoría podría servir para interpretar algo de lo que estaba presente en el grupo de jóvenes que se angustiaron frente al futuro, también en el conjunto de las narrativas tipificadas en el trabajo de Hernández y Zarazaga. Aquello que llamamos “mejorismo” era una actitud vital que apostaba por diversas vías a alguna forma de progreso económico que en su cálculo prescindía de la presencia benéfica del Estado. Si bien es cierto que esta categoría puede parecer propia de jóvenes que cuentan con opciones efectivas, tal como afirman Hernández y Zarazaga, también puede estar presente entre los jóvenes que se anclan en las narrativas minimalista y tradicional que constituyen una parte importante de la muestra. Su presencia, en cambio, se desvanece en quienes participan de la narrativa del presente. Pensamos entonces que es posible una interpretación complementaria, basada en el hecho de que, en algunas ocasiones, los mejoristas terminaban “sin futuro”. Sucede que, en un mismo espacio, las trayectorias son tan heterogéneas que unas pueden permutarse con otras con mucha más facilidad de lo que pensamos, sobre todo en una etapa vital tan temprana. En la narrativa del presente la pérdida de horizontes de futuro está latente para todos, no solo para los más pobres del barrio. A veces, y aún cuando suceda en menor medida, algún futuro se abre para los encarcelados en el presente. El rastreo de ese impulso no debe abandonarse ante situaciones tan negativas como las que se describen y, desde ya, no negamos en absoluto.

Al mismo tiempo, los futuros inscritos en las narrativas tradicional y minimalista, tal como se presentan críticamente en el texto, muestran la fragilidad y la volatilidad de las

posiciones, así como parámetros propios de reducción de las expectativas. Por lo pronto los tradicionales, los minimalistas y los del presente sueñan en grande mucho menos en que lo hicieron generaciones anteriores, pues advierten muchas más posibilidades de decepción. En este marco nos resulta clave la aludida presentación crítica que puede resumirse en la idea de que los sueños de futuro en las narrativas minimalistas y tradicionales son objetivamente imposibles de cumplir. Así lo advertía María del Carmen Feijoo (2001) a la hora de interpretar los cambios en la movilidad social en los estertores de la crisis que siguió al fin de la convertibilidad, cuando la ausencia de normas de desplazamiento enfatizaban subjetivaciones del tipo “soy lo que tengo en un escenario que no conozco, cuyos caminos no sé a dónde me conducen” (2001: 77) Retornaremos esta cuestión luego de algunas consideraciones que nos parecen fundamentales, derivadas de la apreciación del conjunto de las experiencias de los jóvenes y de sus narrativas respecto del futuro.

III-El pasado del “no hay futuro” y el presente de la estructura social

En 1990, en un trabajo que en su momento llamó mucho la atención, María Esther Chapp (1990) subrayaba lo que entonces parecía una novedad: la secuencia educación/trabajo no estaba asegurada entre los jóvenes de las nuevas generaciones que, en esa época, encontraban en el mercado laboral los resultados de las transformaciones derivadas de la secuencia Rodrigazo, dictadura militar, crisis de la deuda. El pesimismo juvenil era un síntoma que la autora señalaba, sobre todo, en aquellos grupos que se habían ilusionado con el progreso personal por la vía de la educación. También por entonces, Javier Auyero (1993) editó un trabajo que, avanzado años antes, expresaba los ecos de las percepciones de Chapp en el terreno más específico de los sectores populares. En “Otra vez en la vía” (Auyero, 1993) aparecía graficado el padecimiento del estancamiento que podía sintetizarse en algo que se hizo sentido común en las ciencias sociales de la época: los jóvenes ya no soñaban con alternativas y utopías de ruptura del “sistema”, sino con integrarse a él. Algo que, por otra parte, parecía cada vez más difícil.

Entre los géneros musicales que irrumpieron en el panorama juvenil, el rock chabón, que fue la apropiación en parte plebeya y en parte plebeyista del rock, daba cuenta de las percepciones sociales en torno a las transformaciones de los años 1990 (Semán, 1999). En ellas la conciencia colectiva de los jóvenes no sólo contaba con las mismas observaciones de las ciencias sociales sino que, además, politizaba el futuro como la recuperación de un tiempo pasado en que todo habría estado mejor. El “retorno del

peronismo” podía adivinarse en la cultura juvenil como un gesto que reivindicaba el pasado en protesta contra el presente. Un poco más adelante, entre 1998 y 2001, la “cumbia villera” operaba como el manifiesto de la protesta de los jóvenes de los sectores populares frente a un nuevo impasse económico. Ya no había pasado para reivindicar ni futuro para imaginar. La protesta era, sobre todo, la crónica cruda, belicosa e irónicamente amarga del presente. El verdadero punk de la Argentina era la “cumbia villera” que parecía decir, en una escritura cifrada, “no hay futuro” y “somos las flores que crecieron en la basura de tu jardín”.

En esos años los políticos opositores a Menem descubrieron que afirmar que era “necesario recuperar la movilidad social ascendente” conectaba con el periodismo y con parte de las clases medias. La apelación, que se transformó en una especie de ritual mecánico a lo largo de las décadas siguientes, hacía notar una falta que pocos se atreverían a decir que se subsanó. En esa coyuntura Kessler y Espinoza (2007) subrayaban una transformación en las expectativas de movilidad social: esta no privilegiaba ya el empleo o el patrimonio, sino las oportunidades de consumo que había traído la modernización de la economía argentina. La notación de esa movilidad como “espuria” procedía de la comparación con la vieja movilidad social, la que se había perdido y empezaba a aparecer en la agenda de la política, más que como un programa, como un señuelo que hacía de una nostalgia una identidad; una posibilidad de adhesión y hasta un sucedáneo de programa.

Cuanto más avanzamos hacia principios de este siglo, más efectiva y notable resulta la fragilidad de las clases medias y la volatilidad de los efectos de las políticas que habían transformado, según los informes periódicos de los organismos internacionales, a las clases populares en “clases medias emergentes”. La mencionada alocución sensibilizaba a las clases medias; sobre todo a los jóvenes de las mismas que ya no accedían al crédito para la vivienda, pero se hacían de una Nespresso que hoy, vale decir, arrumban en un desván dado el costo de sus cápsulas. Las cosas y bienes materiales hacen parte activa de las autoidentificaciones de clase y, sabemos, resultan políticamente implicadas (Merenson y Hochman, en prensa). En esa misma época los argentinos que se reconocían en el centro de la estructura social lo hacían de acuerdo a un imaginario en el que los pobres eran los que no tenían ingresos. En ese mismo imaginario, el extremo de los ricos era el de los millonarios con riqueza de cuna u origen opaco. La clase media era la clase trabajadora (en un sentido moral) que percibía que era cada vez más caro mantenerse en ese estrato sosteniendo sus consumos presumiblemente típicos.

En resumidas cuentas. Las dificultades fueron tantas que la propia noción de clase media como común denominador con múltiples connotaciones cedió a la

autopercepción generalizada de descenso que hoy surge en análisis como el de Rodríguez de la Fuente, Mansilla y Assusa (2025), quienes se preguntan si “podríamos comenzar a imaginarnos un país de clase media baja”. De acuerdo con los autores, distintos relevamientos que indican que, desde la década de 2010, en la Argentina la proporción de población identificada con la clase media fue descendiendo, mientras que la llamada “clase media-baja” adquirió progresivamente mayor peso en el posicionamiento subjetivo (2025: 188). Más adelante retomaremos esto para entender la complejidad sociológica en la que se instalan las percepciones del futuro entre jóvenes de diferentes grupos sociales

En 2016, en lo relativo a los sectores populares, intentamos (Semán y Ferraudi Curto, 2016) discutir el estado de la estructura social luego del ciclo de gobierno kirchnerista (Semán y Ferraudi Curto, 2016). Advertimos entonces que las transformaciones basadas en transferencias monetarias e, incluso, en los aumentos salariales resultaban volátiles en tanto las fuentes de emisión estaban sometidas a un estrechamiento y una serie de tensiones. Veíamos entonces la acumulación de capas geológicas de problemas irresueltos en los sectores populares y entendíamos que a ellos se sumaban los de una movilidad social poco sostenible: las posiciones alcanzadas por la generación 2003 quedarían lejanas para los 2016.

Valga este racconto para decir que, en otros estratos y en una temporalidad mayor que abarca el presente, se verifica un punto de llegada análogo, desde ya no idéntico, al de los jóvenes retratados en *La narrativa rota del ascenso social*. No idéntico, entre otras cuestiones, porque los jóvenes desafiados de la noción de futuro son hijos y nietos de padres que fueron retratados y captados por los trabajos citados hasta aquí: la diacronía pesa en la sincronía y le da un sentido más preocupante al presente que el trabajo de Hernández y Zarazaga nos permite discernir. Como pudimos terminar de entenderlo en conversación informal con uno de los autores: se trata de un salto cualitativo.

En este punto es conveniente retomar nuevamente una reflexión de María del Carmen Feijoo (2001) quien, como mencionamos, analizaba las transformaciones sociales derivadas de las políticas promovidas en la década anterior por Menem y Cavallo. Por entonces Feijoo se preguntaba por su irreversibilidad: “Ignoramos”, escribía, “si se trata de cambios coyunturales, puntuales que desaparecerán ante un nuevo ciclo de reactivación y de esperanza, o si se trata de señales que tienden a configurarse como una nueva permanencia” (2001: 11). Lo que advertimos en el trabajo de Hernández y Zarazaga, lo que recorrimos en nuestro comentario hasta aquí, nos invita a retomar esta acertada pregunta y formularla para la actualidad: ¿qué tipo de cambios estructurales se están presentando a casi treinta de aquellos cambios estructurales?

Una respuesta inmediata es que los años 2000 mostraron la reversibilidad relativa de la situación. Una respuesta más meditada, sin embargo, nos lleva a considerar que en todo este recorrido es posible discernir un movimiento general que es tan masivo y tan profundo que parece difícil que una reorientación de las políticas públicas y el modelo productivo del país que no sea masivo, profundo y duradero pueda arrojar resultados tan “beneficiosos” como las reparaciones de los 2000. En otras palabras, la respuesta histórica que tuvo la pregunta de Feijoo en los primeros años de los 2000 tal vez hoy no sea posible ni en sus aciertos ni en sus errores: nos encontramos en otro piso histórico. Esto tal vez deba llevarnos a una conclusión parcial: la narrativa tradicional no sólo viene bloqueada hace ya mucho tiempo, en los términos en que el trabajo de Hernández y Zarazaga nos lo plantea, sino que está bloqueada para segmentos sociales más amplios. Esto es, excede la parte más frágil de los sectores populares.

Bibliografía

Auyero, J. (1993). Otra vez en la vía: notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares. Espacio

Biziukova, V. (2019). Uncertain New Middle Classes: Changing Consumption Practices and State Policies in Russia. *Changing Consumption Practices and State Policies in Russia. East European Politics and Societies and Cultures* 34(2), pp. 464–484.

Boros, J. Bogdán, P. y Durst, J. (2021). Accumulating Roma cultural capital: First-in-family graduates and the role of educational talent support programs in Hungary in mitigating the price of social mobility. *Szociológiai Szemle*, 31(3), pp. 74–102.

Chapp, M.E. (1990). Juventud y familia en una sociedad en crisis. CEAL.

Crăciun M. y Lipan, S. (2020). Introduction. The Middle Class in Post-socialist Europe: Ethnographies of Its “Good Life”. *East European Politics and Societies and Cultures*. 34(2), pp. 423–440.

Donner, H. (2017) The anthropology of the middle class across the globe. *Anthropology of this century*. Disponible en <http://aotcpres.com/articles/anthropology-middle-class-globe/>

Feijoo, M. C. (2001). Nuevo país, nueva pobreza. FCE.

Fitoussi, J-P. y Rosanvallon, P. (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Manantial.

Hernández, D. y Zarazaga, R. (2024). La narrativa rota del ascenso social. Un estudio sobre las expectativas de los jóvenes de barrios populares. CIAS - Fundar.

Kessler, G. y Espinoza, V. (2007). Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires. Continuidades, rupturas y paradojas. En R. Franco, A. León y R. Atria (Eds.) *Estratificación y movilidad social en América*

Latina: transformaciones estructurales de un cuarto de siglo (pp. 259-301). CEPAL -GTZ-LOM.

Merenson, S. (2025). Figuras para la estructura social y autoadscripción de clase en el norte y sur del

conurbano bonaerense (2019-2023). Publicar en Antropología y Ciencias Sociales, 23(38), pp. 169-186.

Merenson, S. y Hochman, M. Materialidades, autoidentificaciones de clase e implicaciones políticas. Una

exploración etnográfica enlazada en el conurbano bonaerense argentino. *Desacatos*, en prensa.

Rocca, (2023). The Malaise of the Chinese Middle Class. En A. Grimson, M. Guizardi y S. Merenson (Eds.) *Middle Class Identities and Social Crisis* (pp. 194-211). Routledge.

Rodríguez de la Fuente, J. Mansilla, H. y Assusa, R. (2025) Al borde del desbarranco. La clase media baja como emergente identitario en el contexto de crisis de reproducción social en la Argentina. En V. Maciera (Comp.) *Argentina en disputa: clases, actores y políticas frente a la desigualdad social* (pp. 187- 207). Universidad Nacional de General Sarmiento,

Rutz, H.J. y Balkan, E.M.(2009). Reproducing Class: Education, Neoliberalism, and the Rise of the New Middle Class in Istanbul. Berghahn.

Schielke, S. (2012) Living in the Future Tense: Aspiring for World and Class in Provincial Egypt. In R. Heiman, Freeman, C. and Mark Liechty (Eds.) *The Global Middle Class: Theorizing through Ethnography* (pp. 31-56). School for Advanced Research Press.

Semán, P. (1999). Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal. En D. Filmus (Comp.), *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo* (pp. 223-247). Buenos Aires: Eudeba.

Semán, P. y Welschinger, N. (2023). Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden. En P. Semán (coord), *Está entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (pp. 163-203). Siglo XXI.

Semán, P. y Ferraudi Curto, M.C. (2016). Los sectores populares. En G. Kessler (Comp.) *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 141-162). Siglo XXI-OSDE.

Vaid, D. (2018). *Uneven Odds: Social Mobility in Contemporary India*. Oxford University Press.

